

Kira Jane Buxton

El reino vacío



 Planeta

Diseño de portada: Jarro Taylor
Ilustraciones de portada: Jarro Taylor
Fotografía de la autora: Laura Zimmerman

Título original: *Hollow Kingdom*

© 2019, Kira Jane Buxton

Publicado por primera vez por Grand Central Publishing.
Derechos de traducción negociados por MB Agencia Literaria S.L. y
The Clegg Agency, Inc., USA.

Traducción: Alejandro Romero

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2020
ISBN: 978-607-07-6574-2

Primera edición impresa en México: marzo de 2020
ISBN: 978-607-07-6573-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Para Jpeg, quien me enseñó a volar

Es típico de la vanidad y la impertinencia del hombre llamar a un animal tonto porque este es tonto para su insulsa percepción.

MARK TWAIN

CAPÍTULO 1

S.T.

UNA PEQUEÑA CASA DE ESTILO RÚSTICO EN
RAVENNA, SEATTLE, WASHINGTON, EE.UU.

¿Cómo no pude darme cuenta de que todo se estaba yendo a la mierda? ¿Cómo puede uno ignorar algo tan grave? Porque sí que hubo señales. Señales tan lentas como el movimiento de la savia, esa lava color ámbar que brota de los árboles de hoja perenne infectados y termina por devorarlos. Señales tan lentas como las serpientes de cascabel cuando se deslizan hacia uno y van marcando el escamoso paso de su vientre por el pasto. Pero, a veces, uno no nota esas señales sino hasta llegar a la rama más alta del entendimiento.

Primero, todo era normal. Big Jim y yo estábamos jugando en el patio. Verán, es que vivíamos juntos y teníamos una relación platónica espolvoreada con un enérgico toque de simbiosis. Yo disfrutaba de los beneficios de vivir en un vecindario decente de Seattle con un empleado electricista, y él disfrutaba de la compañía de su bufón privado en casa. Así que todos ganábamos, éramos felices y comíamos perdices, que además eran deliciosas.

Como les decía, Big Jim y yo estábamos en el patio. Igual que siempre, él tenía una cerveza Pabst Blue Ribbon en la mano y se agachaba de forma intermitente para arrancar una mala hierba del tamaño de un labradoodle. En nuestro estado de Washington, todo crecía con raíces fuertes: el musgo esmeral-

da, las manzanas Honeycrisp, las cerezas silvestres, los grandes sueños, la adicción a la cafeína y los comportamientos pasivo-agresivos. Además, la marihuana ya era legal. «¡Sí, carajo!», es lo que solía decir Big Jim cada vez que se tocaba el tema.

¿En qué iba? Ah, sí. La luz de aquella tarde veraniega, tan brillante como el oro, bañaba el patio de nuestra casa, envolviendo una rana gorda —que, en realidad, era una fuente—, así como un ridículo enano de jardín de apariencia pedante que había tratado de destruir desde que me mudé. Y, de la nada, a Big Jim se le cayó un ojo. Así tal cual, se le cayó el globo ocular de la puta cabeza. Rodó por el pasto y, para ser sincero, tanto Big Jim como yo quedamos atónitos. Por otro lado, Dennis no dudó ni un segundo y se abalanzó sobre el ojo huidizo. Dennis era un sabueso y tenía el coeficiente intelectual de una zarigüeya muerta. He conocido pavos con más materia gris que él. Ya antes, le había sugerido a Big Jim que echáramos a Dennis debido a su monumental incompetencia, pero nunca me hizo caso. No; se empeñó en seguir compartiendo su casa con un animal que no puede controlar sus impulsos y que pasa noventa y cuatro por ciento de su tiempo lamiéndose los huevos. Los colmillos de Dennis estaban a unos treinta centímetros del globo ocular cuando se lo arrebaté, y lo coloqué sobre la cerca para mantenerlo a salvo. Big Jim y yo intercambiamos una mirada, o bueno, media mirada en su caso porque, obviamente, solo le quedaba un ojo. Después de hacer una nota mental para asegurarme de tener un argumento más a favor del desalojo de Dennis (pues, sin duda, tratar de comer el ojo de tu compañero sí que justifica tu expulsión), le pregunté a Big Jim si estaba bien. Él no respondió.

«¿Qué carajos?», dijo Big Jim mientras se llevaba una de sus carnosas manos a la cabeza. Eso fue lo último que dijo. Entró a la casa sin terminar su cerveza Pabst Blue Ribbon. Como ya dije, hubo señales. Big Jim pasó los siguientes días en el sótano de nuestra casa, donde teníamos un refrigerador lleno de cervezas y toneladas de carne. Luego, dejó de comer.

Ni uno de los deliciosos patos o ciervos a los que disfrutaba tanto dispararles en la cara. La situación pareció agravarse cuando se perdió el espectáculo de los camiones monstruo, y eso que llevaba semanas molestando con eso. Traté de hacerlo entrar en razón, traté de convencerlo de que comiera un pedazo de plátano (después de quitarle las áreas mohosas, porque era muy quisquilloso con eso), algunos de los Doritos que yo me había servido o incluso las croquetas del idiota de Dennis. Pero nada. Fue entonces cuando empezó a pasearse por todo el sótano, mientras sacudía la cabeza melancólicamente, como el perezoso del zoológico de Woodland Park. Al principio supuse que Big Jim estaba tratando de hacer un agujero en el suelo para instalar conductos, ya que era muy competente en la materia, pero después se limitaba a contemplar el vacío con el único ojo que le quedaba. Además, había dejado de hablar conmigo y comenzaba a babear más que Dennis, lo cual es mucho decir.

Quisiera mencionar que, durante todo ese tiempo de gran opresión emocional e incertidumbre, Dennis no hizo absolutamente nada más que orinarse en el sillón reclinable y vomitar violentamente en la alfombra. Yo hice lo que pude por limpiar, pero la verdad era que no tenía por qué hacerme cargo.

Las primeras señales fueron más sutiles. Solo podría haberlas detectado con unas gafas de retrospectiva, esas que Big Jim siempre dijo que desearía tener después de cada una de sus citas de Tinder. Antes de la expulsión de su globo ocular, Big Jim empezó a olvidar cosas. Olvidó algunas citas, luego su cartera y hasta las llaves de la casa, de lo cual me culpó a mí porque, según él, soy un «gran cleptómano». Vaya, no soy más que un tipo al que le gusta añadir objetos a sus colecciones ocultas. ¿A quién no le agradan las cosas buenas de la vida? También me dijo que se le atoraban las palabras, como si estas se hubieran fusionado con su lengua. Cuando me ofrecí a hacerle una inspección oral, fui ignorado por completo. Se volvió aletargado, una sutileza que tal vez solo yo podría ha-

ber notado, ya que Big Jim de por sí solía ser tan activo como un perezoso disecado. Pero yo lo conocía bien y advertía la diferencia. Dejó de sacar a pasear a Dennis, lo cual tuvo consecuencias desastrosas para los cojines del sofá. Que en paz descansen.

El incidente del ojo fugitivo fue un punto de inflexión en nuestras vidas. Oculté el ojo en un frasco de galletas, en caso de que Big Jim volviera a usarlo algún día. Pero él jamás volvió a ser el mismo. Ninguno de nosotros lo fue.

Dudo si debo seguir narrando por miedo a que me juzguen y no quieran escuchar el resto de mi historia. Sin embargo, por el interés de divulgar toda la información, siento que es mi deber contarles la verdad sobre lo que ocurrió. Ustedes se lo merecen. Mi nombre es Shit Turd (sí, «Pedazo de Mierda») y soy un cuervo americano. ¿Siguen ahí? Verán, los cuervos no somos animales muy queridos en general. Nos juzgan por ser negros o porque nuestras plumas no poseen la majestuosidad moteada del gavilán colirrojo o el cautivador color cobalto de esos tontos pájaros hijos de puta llamados arrendajos azules. Sí, sí, ya sé que no somos tan delicados y extravagantes como los colibríes, tan sabios como los búhos (lo cual ni siquiera es verdad, por cierto) ni tan «adorables» como esas aves barrigonas en forma de huevo, comúnmente conocidas como pingüinos. Los cuervos somos heraldos de muerte y de augurios buenos y malos, de acuerdo con Big Jim y con Google. Embusteros con alas de medianoche a los que se asocia con el misterio, lo oculto y lo desconocido. Con el inframundo, dondequiera que eso se encuentre —¿en Portland?—. La gente nos relaciona con los difuntos y con poesía sumamente angustiada. Admito que no ayudamos mucho a nuestra causa cuando se nos ve muy felices devorando tripas de pescado en medio de un vertedero, pero, bueno, así es la vida.

Entonces, como iba diciendo, mi nombre en verdad es Shit Turd (S.T., para abreviar) y soy un cuervo domesticado. Fui criado por Big Jim, quien me enseñó el comportamiento de

los de su especie, a quienes se refiere como HiPus (en realidad, él los llama por su nombre completo, «Hijos de Puta», pero yo prefiero abreviarlo, de cariño). También me enseñó mi florido vocabulario y me otorgó un nombre indudablemente único. Por él aprendí a pronunciar algunas palabras de los HiPus. Debido a las infortunadas citas de Tinder que les mencioné antes, Big Jim y yo pasábamos juntos tiempo de calidad o, mejor dicho, de cantidad, y yo adquirí un arsenal de trucos bajo mi plumaje. Sé mucho sobre las cosas de los HiPus, como ventanas y secretos y muñecas inflables. También soy uno de esos pocos pájaros que realmente sienten aprecio por una especie que camina en dos patas y crea cosas de ensueño, como los Cheetos. A los HiPus les debo mi vida. Y, como HiPu honorario, estoy aquí para ser absolutamente honesto y contarles lo que les sucedió a los suyos. Aquello que ninguno de nosotros esperaba.

CAPÍTULO 2

WINNIE POODLE¹ UNA RESIDENCIA EN BELLEVUE, WASHINGTON, EE.UU.

Winnie Poodle estaba sentada en una cornisa, contemplando las lágrimas que escurrían por fuera de la ventana y permitiendo que estas empaparan su pequeño corazón roto. Apoyó su diminuto hocico en las patas delanteras y dejó escapar un suspiro desdichado. Al mismo tiempo, pensaba en aquello que había sido más constante que cualquier otra cosa en su vida: la espera. Había esperado y esperado. Había esperado al despertar, luego había esperado un poco más, había encontrado algo de comer y había vuelto a esperar. Quédate y espera. Buena chica.

El sonido de unas garras sobre el mármol llamó su atención. Después de echar un vistazo de reojo hacia el otro lado del suelo, sus sospechas se vieron confirmadas: el almuerzo había llegado, pero se ocuparía de él más tarde. Por el momento se limitó a seguirlo brevemente con su triste, triste mirada y a olfatearlo con su triste, triste y perfecta nariz de poodle.

La soledad le provocaba escozor en la piel. ¿Volverían algún día?

¹ Winnie había sido criada para hablar de sí misma en tercera persona (o tercera poodle).

Lo peor de todo era la culpa. La culpa que se retorció en su corazón como un ejército de gusanos blancos (desde luego, ella nunca había tenido ese tipo de gusanos, pero los había visto en comerciales protagonizados por perros feos). El almuerzo se escabulló a la habitación de al lado. Con diecisiete habitaciones, a veces resultaba terriblemente agotador rastrear la comida.

Winnie se sentía doblemente culpable. Primero, por no haber esperado todo el tiempo después de que se fueron. Al ser una minipoodle, Winnie podía escabullirse fácilmente por la puerta del gato. Lo había hecho unas cuantas veces para ver si estaban esperándola en el patio. O junto a la fuente grande. O cerca de los establos. Por la extensa piscina. Por la piscina más pequeña. Donde estaban la pelota amarilla fluorescente y la red. Al lado de los relucientes autos. Pero ellos no estaban en ninguna parte. Solo había caballos. Algunos respiraban y otros no.

La otra cosa que la hacía sentir culpable era que había pasado la mayor parte de su vida junto a la Paseadora, tratando de escapar. Una vez había fingido que tenía que hacer del baño y había ladrado frente a las puertas corredizas para que alguien la dejara salir al patio y luego le permitiera entrar de regreso a la casa. Y luego afuera y luego adentro, afuera y adentro, hasta que le dijeron que se quedara quieta y cesara de comportarse como un insufrible pedazo de algodón. Incluso se le había escapado a la Paseadora en diversas ocasiones, corriendo por la interminable senda, con la lengua rosa chicle de fuera y probando el sabor estiercoloso de la libertad, con las orejas aterciopeladas oleando detrás de ella, arrojando grava en el rostro del decoro y el refinamiento.

«¡Poodle doodle doo!», había gritado. Salvaje, libre y obscuramente hermosa, como un rayo de luna con dientes. Incluso hubo una ocasión en la que logró huir de la Paseadora, pero el Mayordomo puso fotos de ella por todas partes, acompañadas de símbolos como estos: \$\$\$\$ y muchos, muchos, muchos de

estos: 000000000. Terminaron encontrándola después de media hora.

De hecho, había una cosa más que la hacía sentirse culpable: su hermano adoptivo. A decir verdad, por lo general no lo trataba muy bien. Lo habría hecho si tan solo no fuera un gordo idiota que se asustaba hasta de sus propios pedos. Sintió culpa por pensar esto, a pesar de que era cierto. Spark Pug no había sido capaz de soportar el silencio de la gran casa cuando la Paseadora se fue. Se había puesto tan loco como un gato mojado, ladrando a las paredes, resoplando con la intensidad de una tormenta y mordisqueando el precioso abrigo con estampado de espirales de Winnie Poodle. Además, posiblemente había sido Winnie Poodle quien le había metido en la cabeza la idea de salir por la puerta del gato, y, contra toda probabilidad (ya que su cintura era como una bolsa de basura llena de arena para gato), Spark Pug, con sus ojos saltones, había logrado escabullirse por el pequeño espacio, no sin antes dejar escapar un pedo que uno esperaría de la retaguardia de un caballo de raza clydesdale, no de un miniperro. Y así, entre resoplidos, Spark Pug, la gaita del mundo canino, había salido corriendo por el largo sendero hasta perderse de vista. Sin duda, iba en búsqueda de Jean Clawed, su langosta de juguete, que emitía un agudo chillido al morderla y que Winnie había enterrado en el patio.

Winnie recordó el día en que la Paseadora se marchó. No fue un típico día en el campo, cuando la cargaban en una bolsa junto a una botella de Veuve Clicquot. Fue más bien un día de gritos. La Paseadora no podía aspirar aire lo suficientemente rápido. Con sus tristes ojos rojos y la nariz escurriendo, le gritaba a su teléfono. Winnie había tratado de consolarla, pero solo fue echada a un lado. La Paseadora abrió la puerta y Winnie corrió detrás de ella. «¡NO, WINNIE, NO!».

Winnie le ladró, pero la Paseadora no permitió que la siguiera. «¡SIÉNTATE, WINNIE! ¡ESPERA! ¡BUENA CHICA!» y cerró con un portazo antes de tambalearse hacia ese gran mundo loco. Sola. Sin Winnie, su buena chica, a su lado.

Y, entonces, Winnie esperó.

¿Qué había hecho mal? Si tan solo pudiera regresar al pasado y hacerlo todo otra vez. Si tan solo la Paseadora volviera a entrar por esa puerta con una nueva chamarra de los Seattle Seahawks para Winnie. Ni siquiera forcejaría cuando tratara de ponérsela, y tampoco volvería a orinarse en secreto bajo la cama.

Winnie tenía mucha espera y mucha culpa por delante. Se quedó contemplando la puerta con lo que para ella eran unos ojos de raza perfectos que brillaban como el collar de diamantes alrededor de su cuello. A menudo le decían que era muy, muy bonita y perfecta, y todo el tiempo le preguntaban quién era una buena chica, lo cual le parecía patéticamente retórico. Obviamente ella era una buena chica. Cómo extrañaba esos días. Para ser sincera consigo misma, incluso extrañaba los ronquidos de Spark Pug que casi le provocaban convulsiones.

Esperaría. Se quedaría ahí. Sería buena. Continuaría haciendo popó en montones estratégicamente distribuidos por toda la casa para que, cuando regresara, la Paseadora pudiera seguir recolectándolos de manera compulsiva. Winnie tenía demasiada preocupación acumulada en sus diminutos pulmones rosados; le hacía mucha falta un recorte de uñas, y, sin duda, en el salón se estarían preguntando dónde estaba. Extrañaba el regazo calentito de la Paseadora, su rostro salado, los sonidos melosos que hacía con su suave boca rojiza, exclusivamente para Winnie. Extrañaba ese sentido de pertenencia.

La tristeza la tenía agarrada del pescuezo, como un juguete para morder, y ya no le quedaba suficiente energía para combatirla. Winnie Poodle recostó la cabeza y se despidió por última vez de la casa y del loco mundo a su alrededor. No volvería a buscar su almuerzo. Ya había esperado bastante. Sucumbió ante un último pensamiento de Spark Pug recorriendo alborotado ese gran mundo loco por su cuenta. Sin Jean Clawed. Sin amigo alguno. Sin protección contra las pulgas.

CAPÍTULO 3

S.T.

UNA PEQUEÑA CASA DE ESTILO RÚSTICO EN
RAVENNA, SEATTLE, WASHINGTON, EE.UU.

En los días posteriores a que el ojo de Big Jim rodara fuera de su cabeza, me quedó claro que tendría que encargarme de algunas cosas. Encargarme de todo, de hecho. Ya que Big Jim estaba tan afanado rascando la pared del sótano con el dedo e imitando a un mapache rabioso —de manera estelar, por cierto—, decidí ocuparme de más tareas domésticas de las que normalmente solía hacer. Echaba la ropa en la lavadora y lidiaba con las insinuaciones (nada sutiles) de Dennis cuando llegaba la hora de cenar, las cuales consistían en zarandear sus tazones de comida como si ellos lo hubieran castrado. Me costaba trabajo llenar su tazón de agua, así que lo escoltaba al trono de porcelana —acción productiva y absolutamente repugnante a la vez—. Honestamente, el cepillo para inodoro tenía más dignidad que Dennis.

En las mañanas, esperaba que el HiPu de los audífonos rojos pasara en su bicicleta, más rápido que un peluquín en un huracán, y usara su proyectil blanco y negro para decapitar hortensias. Pero ya nunca vino. Tampoco los anuncios de concesionarias de vehículos ni los paquetes de Amazon ni nuestra suscripción a la revista *Big Butts*. Toda la situación era muy extraña. Lo suficientemente extraña como para hacerme contemplar la posibilidad de entrar a esa discusión de locos

que conocemos como *el Aura*. Hay algo de lo que quizá no se han dado cuenta: en el mundo natural también existe un internet. En el idioma de ustedes, se traduciría aproximadamente como Aura, porque está a nuestro alrededor. No es lo mismo que el internet de los HiPus, con todos esos molestos videos de gatos y pandas que estornudan en YouTube; pero, al igual que este, el Aura es una red, un flujo constante de información a nuestra disposición, si es que uno se toma la molestia de entrar y escuchar. La información se transmite diariamente a través de los animales alados, el juicioso susurro de los árboles y la percusión en *staccato* de los insectos. Ni se imaginan la cantidad de veces que oí a un HiPu diciendo algo como: «¡Escucha! ¡Los pájaros están entonando un llamado de apareamiento!». Menospreciaban a los seres emplumados al considerarlos animales promiscuos y calientes (no somos ardillas, con un carajo). Lo que en realidad percibían eran pájaros que entregaban información en forma de versos melódicos e intrincadas notas, de modo muy similar a aquel en que los árboles susurran sus lentos secretos al viento sobre las hojas. Hay toda una variedad de advertencias, historias, proverbios, poemas, amenazas, instrucciones, información de bienes raíces, consejos de supervivencia y chistes incongruentes disponibles para quienes deciden entrar. Todo lo que nos rodea habla; solo hay que tener atentos los oídos.

Admito que sí existe un servicio de citas, pero no es tan prominente como lo cree la mayoría de los HiPus. Y, claro, hay varios que se niegan a entrar. Como su servidor, que tenía acceso al *verdadero* internet y no sentía que pudiera sacar nada de provecho de todo el parloteo que ocurre en el Aura. ¿Saben quién tampoco lo escucha nunca? Los animales atropellados. No tienen pretexto. El Aura está repleto de historias y estadísticas sobre autos y sobre los peligros de acercarse a las grandes líneas blancas. Aunque las advertencias circulan por toda la estratosfera, desde las chinches verdes apestosas hasta las gaviotas de alas glaucas, muchos idiotas no prestan atención y

terminan como tortillas en la banquetta. A veces pienso que existen especies predisuestas a no hacer caso a las advertencias, y así es como acaban por extinguirse.

Así que me resigné a usar el Aura. Reinaba un silencio absoluto. Cuando se trata del Aura, el silencio es algo muy preocupante. O no había suficientes aves y árboles alrededor para esparcir los rumores, o todos se estaban escondiendo de un depredador al acecho. Un vuelo rápido por el vecindario sirvió para confirmar que los caminos en torno a nuestra casa estaban inquietantemente tranquilos; ningún auto corría a toda velocidad como un escarabajo frenético. Era como si una mañana de domingo hubiera llegado volando al vecindario para anidar aquí a perpetuidad. Fue entonces cuando empecé a sentir escalofríos, como un ejército de ácaros recorriendo mi plumaje, y el temor se extendió cual dolor sordo y hueco por mis huesos de ave.

Para ser sincero, tenía el presentimiento de que algo había ocurrido más allá de nuestra puerta color marrón rojizo, más allá de nuestro vecindario aletargado. Algo grande, amenazante y, probablemente, de la mierda. Pero no me gustaba dejar solo a Big Jim. Además, antes que nada, tenía que resolver la situación en casa y aguardar a que mi compañero se sintiera mejor para poder enfrentarnos juntos al mundo... Siempre juntos. Vigilaba a Big Jim cada hora, y le llevaba mortadela, papas fritas y los dos Cheetos que estaba dispuesto a donarle. Incluso le hice llegar una bebida energética rodándola por las escaleras del sótano. No mostraba interés por nada que no fuera babear y rascar la pared con su dedo ensangrentado. Le llevé las llaves de su amado Ford F-150 color plomo, con la calcomanía en la defensa que decía SIGUE TOCANDO, ESTOY RECARGANDO, para ver si un paseo lo animaba. Las llaves plateadas llamaron su atención por un instante, pero enseguida me gruñó, enseñando los dientes como si quisiera morderme, y siguió arrastrando su dedo por el muro de concreto. No sabía con certeza qué tenía, pero, sin duda, se trataba de algo grave.

Después de varios días de ese extraño comportamiento en el sótano, durante los cuales no se había masturbado ni hablado del estado actual de la economía, declaré estado de emergencia.

Big Jim se hallaba al borde de una crisis médica, y la solución del problema dependía de su servidor. Estaba bastante seguro de lo que había que hacer; era como un instinto natural e innato que palpitaba dentro de mi ser. Primero debía asegurarme de mantener a Dennis ocupado. Después de verlo defecar en la boca de la guitarra de Big Jim y correr a toda velocidad hasta chocar con la puerta de la cocina, me tranquilicé. Por el momento, su prioridad era vengarse del pomo de la puerta que lo había atacado. Era improbable que Dennis decidiera aventurarse al sótano por un rato, tomando en cuenta su nivel de concentración y su naturaleza rencorosa. Además, Dennis no se acercaba a Big Jim desde que este había perdido el ojo. ¿El mejor amigo del hombre? Sí, cómo no. Más bien el parásito más dependiente del hombre que, sin pensarlo, lo intercambiaría por algún juguete masticable con forma de pene de toro.

Salí volando por la ventana de la cocina, sobre el patio y hacia el cielo gris lobo que cubría los árboles, para contemplar la situación general. A pesar de que Seattle era una ciudad más árida que la mayoría, ese día la lluvia no paraba. Por lo general, Big Jim y yo conducíamos por la ciudad en su camioneta; íbamos de casa en casa para que él reparara desastres eléctricos, y también pasábamos mucho tiempo en Home Depot y en la tienda de alimento para mascotas. Aun así, nunca había ido tan lejos por mi cuenta. Pero hoy tenía que hacerlo. Era una misión en nombre de Big Jim.

Desde la rama más alta de un pino de Oregón, todo parecía estar en silencio, salvo por el parloteo de las ardillas, que traté de bloquear (para mi infortunio, es difícil olvidar la mayoría de sus conversaciones, ya que las ardillas son unas depravadas sexuales de primera). Mientras me acercaba a mi destino, una escena extraña me distrajo. La curiosidad me pescó del

pico y se negó a soltarme; si creen que los gatos son curiosos, deberían convertirse en un cuervo cultivado solo por un día. Estiré el cuello para ver mejor, enfoqué la mirada y obtuve una visión invertida. Diez ruedas suspendidas en el aire. Un arcoíris de gasolina y charcos de aceite negro. Mi mente tardó un poco en desenmarañar el retorcido desastre frente a mí. Verde donde debería haber amarillo, amarillo donde debería haber verde. Bajé en picada y me encontré con un autobús de King County Metro volcado. El camión se había estrellado contra la iglesia del Santísimo Sacramento y había atravesado uno de los muros de ladrillo rojo de la enorme construcción. Cuando Big Jim bebía demasiada cerveza y decidía tomar una siesta con la boca abierta, la televisión solía permanecer encendida en canales que transmitían programas religiosos; por eso conozco el diseño de iglesias y pirámides. Por lo general, esperaba hasta que Big Jim empezaba a roncar para cambiar de canal y poner History Channel, Discovery Channel, CNN, Food Network, Travel Channel y, a veces, Bravo TV, con ellos aprendí sobre el comportamiento excepcional de los HiPus. Big Jim aseguraba ser un hombre profundamente religioso y afirmaba que su religión consistía, sobre todo, en el whiskey y las mujeres. Puedo ver la conexión entre ambas cosas: sus relaciones terminaban enfriándose tanto como sus whiskies en las rocas.

Aterricé sobre una de las ruedas volteadas y, por comodidad, golpeé mi pico suavemente contra el tapón de llanta. Lo necesitaba. Todo se sentía muy, muy extraño. Miré hacia abajo. Las ventanas del autobús estaban rotas y manchadas de rojo. Si algo aprendí de las películas de terror que Big Jim acostumbraba ver, es que uno nunca debe involucrarse en una situación peligrosa, sobre todo si se es una mujer rubia con poca ropa e implantes de senos o un HiPu de piel negra. Pero, como ya dije, yo soy un cuervo, así que decidí seguir adelante. Entré al autobús y el peso de un presentimiento se abatió sobre mis alas. El olor a sangre mantenía cautivo el aire fétido.

No había HiPus en el autobús, pero encontré dos bolsas y una cartera. Hasta hacía poco, Big Jim se volvía completamente loco sin la suya. Había un gran mechón de cabello pegado a uno de los asientos, que colgaban en filas en el techo, y una uña intacta atorada entre dos asientos. La cartera tenía una brillante placa dorada de policía, lo cual me hizo sentir un impulso casi incontrolable de ocultarme. Encontré un cheque en un sobre, un chupón y un libro titulado *No dejes que la paloma conduzca el autobús*. Parecía que alguien había hecho justo eso. Salí del espeluznante autobús por el parabrisas sin vidrio y entré en la iglesia.

La casa de adoración era un espacio amplio y cavernoso, con un chapitel y enormes puertas en forma de arco. Todo estaba en silencio. Al saltar, mis patas repiqueteaban en el suelo de madera, en las partes que no estaban cubiertas de musgo o charcos de agua de lluvia. Avancé con cuidado para no pisar el excremento de rata, ya que esa mierda transmite enfermedades.

—¿Hola? —grité, cometiendo el primer error clásico de las películas de terror—. ¿Hay alguien aquí?

El interior de la iglesia estaba húmedo; el agua, que había entrado por un hoyo en el techo, se acumulaba en charcos por todo el suelo. El musgo y la maleza habían empezado a abrirse camino por las pequeñas grietas. Podía escuchar los gritos casi inaudibles de las ajetreadas termitas que devoraban la estructura del lugar. Los trozos de yeso que se habían desprendido del techo yacían como montones de nieve en el suelo húmedo. Había popó blanca que rellenaba las grietas, aunque no podía escuchar el vano parloteo de las palomas. Se habían ido volando hacía mucho tiempo.

Un HiPu falso con taparrabos me observaba desde una pared de madera. Tenía una corona de alambre de púas y se veía bastante incómodo. A pesar de saber que no era real, volteé a verlo y asentí solidario, preguntándome qué crimen podría haber cometido que ameritara engraparlo en un pedazo de triplay.

Entonces me llegó el olor. El inconfundible olor a muerte, acre y fétido. La tensión nublaba el aire a mi alrededor, la clase de tensión que viene después de una erupción de violencia. La clase de tensión que es demasiado densa para disiparse sola. Encontré la fuente del hedor. Extendido en las bancas de madera frente a mí, se encontraba el cuerpo de un alce. Su cabeza alargada y café colgaba de la orilla de la banca, debido al peso de la colosal ramificación de astas que brotaba de ella, y la mitad de su lengua asomaba de su boca siempre abierta. Su pelaje estaba manchado de un pegajoso líquido rojo y algo había devorado la mayor parte de sus entrañas y le había arrancado una pata. Después de echar un rápido vistazo, confirmé que la pata faltante no se hallaba en la iglesia.

—¿Hola? —grité otra vez, antes de darme cuenta de que básicamente estaba pidiendo unirme al alce y al HiPu perforado.

Había un depredador cerca. Y, al parecer, coleccionaba patas de alce. Luchar o huir era como una pregunta retórica para mí. Empecé el vuelo y me elevé por encima de las bancas y las velas apagadas; pasé rápidamente junto a los vitrales y a través del hoyo que el autobús había hecho. Los HiPus siempre limpian sus desastres. Nunca dejan hoyos en las iglesias, o carteras y cosas de HiPus bebés en camiones volcados. No permiten que los alces entren en las iglesias. Ni los depredadores. Si Big Jim hubiera sabido de la presencia de un depredador cerca de un sitio dedicado a la adoración, habría tomado a Sigourney Weaver y *rastreado al hijo de perra*. Sigourney Weaver era su escopeta Marlin modelo 336. La bautizó así por su apariencia sexy y aerodinámica y por su actitud sensata. Traté de estabilizar mi respiración y batí las alas con más fuerza; la determinación que sentía me impulsaba a terminar mi misión.

El cerezo yoshino sobre el cual me posé para averiguar mi siguiente parada no me ayudó mucho para tranquilizarme. Me sentía nervioso e inquieto, y me temblaban las patas. No podía sacudirme los escalofríos tan eficientemente como ellos me sacudían a mí. La farmacia Walgreens se veía práctica-

mente igual que siempre, a excepción del agobiante bullicio, el alboroto y el sonido de las puertas automáticas. Además, tenía un presentimiento que no me dejaba tranquilo, como si tuviera una espina de pescado vítrea atorada en la garganta. El presentimiento de que el peligro se acercaba. Me preparaba para hacer un vuelo de reconocimiento sobre Walgreens cuando, de repente... ¡BAAAAM! Una fuerza potente golpeó mi ala izquierda y me derribó del cerezo. Grité. Al tiempo que me desplomaba, sacudí la cabeza, extendí las alas y me aferré a un pozo de aire, con lo cual pude estabilizarme y elevarme para enfrentar a mi atacante, quien me contemplaba con sus ojos negros y brillantes. Él gritó una serie de advertencias desde lo más profundo de su garganta color ébano y se abalanzó sobre mis alas. Yo volé a toda velocidad para esquivarlo; sus horribles graznidos me desgarraban el cerebro.

«Mierda. Un cuervo de la universidad».

Esos cuervos nunca viajan solos, de modo que, tan solo unos segundos después, su esposa de mierda arremetió contra mí en picada y trató de arrancarme las plumas de vuelo. Se posó en el cerezo donde yo estaba y empezó a insultarme. No repetiré lo que me dijo porque, francamente, hasta Big Jim se habría ruborizado.

—¡Déjenme en paz! —les grité a Bonnie y Clyde.

Ellos siguieron espetándome insultos horribles, llamándome traidor. El macho me lanzó una tapa de botella antes de despegar y perderse entre la hilera de árboles, riendo. En ese momento, hasta me sentí mal por Tippi Hedren. Me habría venido muy bien una cerveza. Big Jim siempre hablaba de tener límites, de quedarte con los de tu clase y no dejar que nadie se meta en tus asuntos. Muchas veces he fantaseado con construir una pajarera gigante sobre nuestra casa para que las pestes no puedan entrar.

Los cuervos de la universidad son los principales asesinos de cuervos en Seattle. Se posan todas las noches del lado este del campus Bothell de la Universidad de Washington. También

me faltó mencionar que son un gran montón de asnos de pantano. El campus Bothell es básicamente una casa de fraternidad enorme para un grupo de bobos presumidos y elitistas. Cada noche, desde el otoño hasta finales de la primavera, el cielo se llena de alas de medianoche teñidas de azul cuando miles de cuervos se dirigen a los edificios de la universidad para reunirse y luego asentarse en los humedales que rodean el campus. A los HiPus les parece algo fascinante y místico. Yo creo que es grosero ocupar todo ese espacio aéreo, pero cada quien tiene su opinión. Nunca he ido al campus, ya que no soy bienvenido, así que no puedo decirles lo que ocurre ahí. Pero, si tuviera que adivinar, diría que se acicalan, presumen y juegan *beer pong*. Por lo general, cuando salgo a la calle, sin molestar a nadie, los cuervos locales, los cuervos «de verdad», me excluyen y me insultan por mi filiación tan cercana a un HiPu. Los insultos también circulan por el Aura; me arrojan palos y piedras y describen a mi madre con toda clase de palabras. Suelo dejar que todo se me resbale por las plumas, pero, cuando me atacan físicamente solo por ser yo mismo... A veces, eso sí me molesta mucho. Nadie parece entender que tu especie no es más que un accidente de nacimiento. Nadie entiende que debí haber nacido HiPu en vez de cuervo.

Una vez que mis atormentadores se perdieron de vista, me concentré en armarme de valor para seguir con mi misión. Inhalé profundamente y emprendí el vuelo. Planeé un poco sobre el estacionamiento vacío antes de descender hacia las puertas automáticas de Walgreens, las cuales se abrieron deslizándose. Un resplandor fluorescente iluminaba los pasillos. Me posé sobre la figura de cartón de un hombre que anunciaba la cerveza Dos Equis, para echar un vistazo desde ahí. Al igual que en la iglesia, todo estaba demasiado silencioso. Demasiado quieto. Escuché un gruñido sordo que retumbó y resonó por mis patas. Salté nerviosamente sobre una pata y estiré el cuello para encontrar la fuente del ruido, mientras me venían a la mente imágenes de la extremidad faltante del

alce. Escuché un segundo gruñido que me sobresaltó. Volé y me posé en un sitio más alto, entre cajas de cereales Lucky Charms y Special K. Desde ahí podía ver a los responsables del sonido. Eran cuatro HiPus reunidos alrededor de una máquina de presión arterial, balanceándose y babeando. Junto a ellos había un anuncio de la vacuna contra el herpes zóster. Reconocí de inmediato el tono verdoso de su piel, el extraño retorcimiento de sus articulaciones, el sudor que escurría por todo su cuerpo, los ojos rojos y la baba ensangrentada. Todos tenían el cuello estirado hacia delante, como buitres curiosos buscando saciar su apetito. Sus dedos ennegrecidos no dejaban de picar la pantalla. Padecían el mismo mal que afligía a Big Jim.

Decidí llevar a cabo un experimento, haciendo el temor a un lado.

—¡Hola! —grazné con perfecta pronunciación. No respondieron—. ¡Oigan, ustedes, hola!

Un maldito cuervo parlante y ni siquiera levantaron una ceja. ¿Era broma? El mundo se había ido a la mierda. Siguieron contemplando el brillo de la pantalla incorporada al dispositivo, que reproducía un video sobre la salud cardiaca. Obviamente, ellos no pasaban por su momento más saludable.

Sin dejar de prestar atención a cualquier cambio en sus movimientos, proseguí con mi misión. Tomé una bolsa de plástico, volé detrás de un mostrador que había sido saqueado y que llevaba el letrero de «FARMACIA», y me dispuse a llenar la bolsa con los medicamentos que consideré útiles para Big Jim. eritromicina, cefalexina, furosemida, omeprazol, miconazol, maquillaje para piernas Sally Hansen e hidrocortisona. Todos sonaban eficaces y, sin duda, una combinación de ellos podría curar a Big Jim. Walgreens ya nos había ayudado en el pasado. Me sentí optimista, importante; era un tipo con un propósito.

No fue sencillo levantar la bolsa de plástico; sin embargo, agitando mis alas con determinación y energía, pude elevarme unos centímetros del suelo. Volé sobre los HiPus enfermos,

sobre el pasillo rojo y rosa de dulces de San Valentín, y me dirigí a las puertas automáticas. Justo cuando me acercaba al brillante letrero verde de salida, mi bolsa de plástico se ladeó y la caja de hidrocortisona se salió y cayó de golpe en el escáner de la caja registradora, el cual emitió un fuerte *bip*. Y, entonces, se desató el caos.

Los cuatro HiPus que se encontraban junto a la máquina de presión arterial expulsaron un grito desgarrador. Los escuché correr con fuertes pisadas y a toda velocidad hacia la caja registradora. Dos HiPus que no había visto, con batas blancas de laboratorio, saltaron desde atrás del mostrador de la farmacia y echaron a correr como dos caballos de carreras huyendo de las llamas ardientes del infierno. Sus cuellos estaban estirados, sus dedos apuntaban hacia delante y su saliva ensangrentada salpicaba por doquier. Y yo, en parte por el pánico y en parte porque tengo garras de mantequilla, tiré la maldita bolsa de plástico. Mis medicamentos —la salvación de Big Jim— cayeron y se dispersaron con estrépito por toda la caja registradora. Bajé en picada y empecé a meter los frascos de píldoras de vuelta en la bolsa. Uno, dos, tres, furosemida, omeprazol, crema para ojos del número 7 con triple acción para levantar e iluminar... Los gritos de los HiPus se acercaban, y sus pisadas martillaban el suelo. Uno de ellos derribó un exhibidor de los Seattle Seahawks; las fundas para latas de cerveza, las pantuflas, las figuritas de Russell Wilson y los tazones salieron volando. Las tazas de cerámica se estrellaron contra una fila de botellas de vino, las cuales se rompieron y su contenido se derramó por todo el pasillo blanco, como sangre. Las puertas se abrieron y vi a dos HiPus más en la farmacia; portaban delantales verdes de Taco Time y alargaban el cuello hacia el techo. Emitieron un chillido primitivo que casi hizo estallar mi cerebro; sus manos se retorcían como las ramas de los árboles en una ventisca invernal. Cefalexina, paroxetina, miconazol. Los dos HiPus que acababan de aparecer empezaron a correr.

Los otros cuatro dieron la vuelta al final del pasillo. Estaban a segundos de llegar a mí; sus ojos eran un bosque en llamas...

Simeticona, bisacodilo, crema para las estrías, hidrocortisona. ¡Listo! Levanté la bolsa de plástico y me elevé en el aire, apenas esquivando a los dos HiPus de Taco Time, quienes se abalanzaron sobre mí, con la boca abierta y salpicando sangre que cubrió la caja registradora de pegajosas hebras carmesí. Me elevé más con la bolsa, por encima de toda la conmoción, mientras debajo de mí ocho HiPus enfermos clamaban y se retorcían sobre el escáner de la caja registradora, picándolo con sus dedos y contemplándolo con ojos como platos. Después, al unísono, alzaron sus brazos retorcidos hacia el techo. Me encogí de miedo y casi dejé caer la bolsa otra vez. Formaron un círculo alrededor del escáner, que seguía emitiendo *bips*. Y después, simultáneamente, empezaron a estrellar sus cabezas contra él. *Bang, bang, bang*, más y más fuerte. La sangre y la pulpa dentaria salpicaban y los pedazos de cerebro salían volando. Los golpes continuaron.

Logré salir y me alejé de los impredecibles HiPus, buscando refugio y descanso en un árbol cercano. Una vez que colgué la bolsa a salvo en una de las ramas, evalué con más calma lo peligrosa que había sido la situación y lo cerca que habían estado de atraparme. Ningún HiPu había sido agresivo conmigo antes. ¿Qué habrían hecho conmigo de haberme atrapado?

¿Qué les estaba ocurriendo a los HiPus? Tenía la esperanza de que la respuesta se hallara en mi bolsa de medicamentos. Empezaría con Big Jim. Lo cuidaría hasta que recuperara la salud, usando todos mis Cheetos de ser necesario. Luego nos subiríamos a su Ford F-150, con la Glock y la marihuana en la guantera, y nos dedicaríamos a curar a todos los otros HiPus del vecindario que no se sentían bien. Teníamos que curarlos, porque... ¿qué sería del mundo sin los HiPus? El solo pensarlo me provocaba náuseas y me ponía la piel de gallina (que, por cierto, es una expresión muy tonta, porque las gallinas son animales burdos e idiotas).

Desde ese sitio con vista privilegiada, en la base del árbol divisé a alguien que reconocí. Los inconfundibles rizos azules teñidos y el carrito de compras a lunares y con ruedas. ¡Gracias al cielo! Era Nargatha. Nargatha, cuya madre debe haber sufrido de un grave caso de indecisión y la había bautizado con una mezcla ridícula de Agatha, Margaret y Narnia, vivía a tres casas de la nuestra. Era una mujer excéntrica y tan vieja que una vez llamó al Departamento de Bomberos de Seattle para apagar las velas de su pastel de cumpleaños, pero siempre había sido buena conmigo. Claro, me hablaba como si tuviera daño cerebral irreversible, pero lo compensaba con las galletas de animalitos que siempre traía consigo. A Big Jim le gustaba que, siempre que los Seahawks ganaban, ella nos traía una botella de whiskey Fireball. Al ver la pequeña figura con rizos azul claro y abrigo amarillo fosforescente, sentí una punzada de alivio y mi pecho se llenó de calidez. Moví la cabeza de un lado a otro para poder ver mejor. Al contemplarla con más detenimiento, me di cuenta de que estaba comiendo algo.

Triscuits. No, no las galletas saladas Triscuits. Triscuits era su perro schnauzer miniatura.

Se me revolvió el estómago. Por un instante seguí observando desde el árbol con incredulidad, hasta que mi estómago no pudo soportarlo más. ¡Nadie merecía convertirse en bocadillo! ¡Mucho menos el leal y querido Triscuits! Tambaleándome, dejé escapar accidentalmente un graznido de horror.

Los ojos escrutadores de Nargatha tenían el color de un cardenal. Unas hebras escarlata colgaban húmedas de su boca. Observé horrorizado cómo su cabeza giraba ciento ochenta grados. Luego, un hueso en su cuello crujió como una rama al quebrarse y su cráneo dio un giro de trescientos sesenta grados. Volteó a verme, babeando sangre y con la cabeza totalmente torcida, como una maldita lechuza. Nargatha chilló cual ave de rapiña desesperada, lo que provocó que las ardillas huyeran en silencio. El pánico apretujó mi agitado corazón.

Las ardillas, esas indecentes comenueces, nunca son silenciosas. Solo se callan cuando su vida depende de ello.

Triscuits. Nargatha se estaba comiendo a Triscuits. El siguiente pensamiento que cruzó mi mente me hizo vomitar un Cheeto. Nargatha tenía la misma enfermedad que Big Jim. Nargatha se estaba comiendo a Triscuits.

«Dennis». Tomé la bolsa de plástico y empecé a aletear como maniático rumbo a casa.